



PADRE NUESTRO QUE ESTÁS EN EL CIELO (1/8)

Link a YouTube <https://www.youtube.com/watch?v=59Q2wO4vLpA>

«Padre nuestro que estás en el cielo».

Comenzamos con esta reflexión, ocho reflexiones que nuestra diócesis va a hacer a lo largo del curso. Vamos a tener un hilo conductor toda la diócesis en torno a la reflexión del Padre nuestro.

«Padre nuestro que estás en el cielo». Hay en los Evangelios dos lugares en los que se encuentra recogida la oración del Padre nuestro: capítulo sexto de San Mateo y el capítulo 11 de Lucas, con ciertas diferencias entre ellos. La versión de San Lucas tiene una petición menos al final y también abrevia la introducción, no dice “Padre nuestro” sino “Padre”. Algunos santos Padres en los primeros siglos llegaron a pensar que eran dos oraciones distintas, hoy en día más bien nos inclinamos a pensar que son dos versiones de una misma oración que Jesús enseñó.

Es curioso ver cómo son introducidas en Mateo y en Lucas las dos versiones del “Padre nuestro”:

- En *Lucas*, la aproximación a la oración, yo diría que es la de una envidia sana. Los apóstoles veían cómo rezaba Jesús, cómo se introducía en el misterio y sentían envidia sana: “Maestro, enséñanos a orar, que te vemos orar y nosotros sacamos la conclusión de que no sabemos hacerlo”. Admiraban, se sentían atraídos por Jesús en oración y entonces, en ese contexto, Lucas recoge cómo le pidieron que les enseñase a rezar.
- *Mateo*, por el contrario, el contexto en el que expresa la oración del Padre nuestro es una enseñanza en la que se corrigen errores: “Cuando oréis no seáis como los hipócritas, no uséis muchas palabras”. Corrige errores y dice: “orad así”, y enseña el Padre nuestro.

Me vais a permitir que os comparta una anécdota de la infancia referente a cómo se introduce en la liturgia la oración del “Padre nuestro”, que dice: “Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir”. Yo

cuando era un jovencito que había hecho la primera comunión, estaba leyendo en casa algunos de esos cómics que hablaban de los cristianos perseguidos en Roma, de las catumbas, de los cristianos que eran echados a los leones; y me admiraba la valentía del martirio de aquellos primeros cristianos. Entonces, cuando iba con mis padres el domingo a misa y se introducía el “Padre nuestro” y escuchaba aquello: “*nos atrevemos a decir*”, yo con un poco de imaginación me imaginaba allí a los romanos entrando en la iglesia y deteniéndose por rezar. Entendí en mi infancia que aquella expresión, “*nos atrevemos a decir*”, hacía referencia a la valentía martirial de rezar aquello, aunque nos persiguiesen; fue mi interpretación de infancia,

Más tarde, con el tiempo, fui descubriendo que no iban por ahí las cosas; que esa alusión al atrevimiento más bien se refería a ese texto de *Éxodo 3:5* que dice: “*No te acerques aquí; quítate las sandalias de los pies, pues el terreno que pisas es sagrado*”. Fui entendiendo que ese atrevimiento se refería al atrevimiento de tener ese grado de confianza con Dios para dirigirnos a Él de esa manera. Fui aprendiendo que en el fondo, hablarle a Dios de esa manera, era una parresia auténtica, una audacia, un atrevimiento, una confianza también humilde, una certeza de saberse amado, una seguridad alegre; que en el fondo era como una invitación a rezar el “Padre nuestro”, a introducirnos en una intimidad que nos supera: “*Mira, no lo mereces, está por encima de tus posibilidades, pero entra aquí y habla con Dios de esta manera*”. Fui entendiendo eso, obviamente.

Bien, ¿qué supone llamar a Dios “Padre”? El Catecismo romano hacía una distinción que me parece muy importante y que hoy en día tiene una actualidad grande, como después voy a intentar demostrar. Distinguía el Catecismo romano tres niveles en la confesión de la paternidad de Dios:

- **Primero: por creación.**

Dios es Padre por creación, es Padre de todos los hombres, tanto cristianos como no cristianos, creyentes como no creyentes. Nos creó a todos a su imagen y semejanza y en ese sentido es Padre de todos.

- Segundo nivel, decía el Catecismo romano, **es la confesión de la paternidad en cuanto a la providencia con la que Dios cuida de todos nosotros.**

Dios se manifiesta como Padre en favor de todos los hombres; de hecho, nos da los santos ángeles de la guarda que cuidan de nosotros, y los santos ángeles de la guarda los tenemos todos los que hemos sido creados por Dios, también los no creyentes, también

los no bautizados tienen sus ángeles que les cuidan. Dios tiene una providencia que cuida de todos nosotros.

- Pero el tercer nivel es el determinante para entender la oración del Padre nuestro, que no es el nivel de la creación o el nivel de la providencia; es el nivel de la **Redención**.

Dios nos redimió del pecado entregando a su Hijo por nosotros, y elevándonos a la condición de hijos de Dios, ¡Ahí es nada! Es decir, que no se limitó a perdonar el pecado, que esa es la gracia “sanante”, sino que además nos elevó a una condición que no teníamos, incluso antes de haber pecado. Este don es el de ofrecernos la paternidad de Dios, ofrecida por su Redención, ofrecida a través del sacramento del Bautismo. Ese don tiene que ser acogido, Dios lo ofrece. Pero a diferencia del primer nivel de paternidad que Dios es Padre tuyo lo quieras o no, lo sepas o no, y es tu Padre porque te ha creado; pero sin embargo, **este nivel de paternidad requiere ser acogido libremente por el hombre**, “*El que te creó sin ti, no te salvará sin ti*”.

Y creo que esta triple distinción del Catecismo romano es muy importante, porque a veces estamos escuchando una afirmación de la paternidad universal desde una ideología igualitarista, como si el bautismo ya no fuese necesario: “*bueno, bautismo, pero si todos somos hijos de Dios*”, por ejemplo. Esto también ha dado lugar a una comprensión equivocada, en muchos círculos, de la encíclica *Fratelli tutti* del Papa Francisco. Obviamente la encíclica de *Fratelli tutti* está escrita en el género de la Doctrina Social de la Iglesia; está escrita en ese nivel de la paternidad creacional de Dios, que es Padre de todos nosotros y todos somos hermanos en ese Dios que nos creó a todos; pero claro, esa encíclica por muchos sectores ha sido mal entendida precisamente para afirmar que no hace falta el Bautismo. Y allí hubo algunas declaraciones de asociaciones de masones que aplaudían la encíclica diciendo que, por fin la Iglesia les había dado la razón por la fraternidad universal. Hombre, obviamente no habíamos entendido las cosas. Por eso la distinción del Catecismo romano me parece muy importante, muy clarificadora.

Incluso, sin esa distinción, la misma llamada misionera se hace incomprensible, ¿Para qué ir a misionar, para qué ir a proclamar el Evangelio? Y la Iglesia fácilmente corre el riesgo de verse reducida a una ONG que hace unas obras sociales de promoción humana, pero nada más; no tiene sentido nada más. Nadie es más hijo de Dios que el otro, por lo cual, esa mentalidad igualitarista, esa, yo diría, ideología igualitarista, puede llevar a que se vacíe de contenido completamente la oración del Padre nuestro.

Obviamente **la oración del “Padre nuestro” se refiere al tercero de los niveles, a la paternidad de Dios que se nos ofrece por la Redención; es una filiación**

nacida por la Redención de Cristo que es libremente acogida por el hombre. Por eso el Padre nuestro se les entrega a los catecúmenos que se preparan para el Bautismo, se les entrega en su camino hacia el Bautismo. **Solo desde el Bautismo y la fe viva podemos llamar a Dios “Padre” en el sentido pleno del término.**

Por lo tanto, cuando decimos: *“Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir”*, ese atrevimiento se refiere a este nivel de paternidad en el que Dios nos ofrece entrar en su intimidad de esta manera, libremente, respondiendo a esa invitación que Él nos ofrece. No se refiere el atrevimiento al sentido creacional que, obviamente no supone tanto atrevimiento, porque es que todos por naturaleza somos imagen y semejanza de Dios.

Vamos a profundizar en la gracia que supone llamar a Dios “Padre”. Profundicemos en ello:

Hay una cita de *Tertuliano*, que el Catecismo de la Iglesia Católica también la refiere, que es insuperable, dice: *"La expresión Dios Padre no había sido revelada jamás a nadie. Cuando Moisés preguntó a Dios quién era Él, oyó otro nombre. A nosotros este nombre nos ha sido revelado en el Hijo, porque este nombre implica el nuevo nombre del Padre"*.

Es decir, que **Jesús no solamente permitió, sino que nos pidió a los que habíamos sido redimidos por Él, que llamásemos Padre a su mismo Padre.** Y esto, en el fondo, necesita que comprendamos el “Padre nuestro” desde la cristología, nos tenemos que introducir en la cristología para entender cómo le podemos llamar a Dios Padre.

En el *prólogo del Evangelio de San Juan*, maravilloso prólogo en el que se habla de la Encarnación, dice: *"A Dios nadie lo ha visto; el Hijo único"*, repito, *"el Hijo único, que está en el seno del Padre, es quien lo ha manifestado"*. *"Vino a los suyos y los suyos no le recibieron, pero a cuantos le recibieron les dio el poder de ser hijos de Dios"*. O sea, que **el Hijo único nos dio la gracia de poder ser hijos de Dios.**

Así también, por ejemplo en *Mateo 11:27*, escuchamos: *"Nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar"*.

Por tanto, hemos sido elegidos; Dios ha puesto sus ojos gratuitamente en nosotros para compartir con nosotros esa filiación divina, pero al mismo tiempo nos dice: *"Id por todo el mundo proclamando el evangelio porque yo quiero que todo el mundo pueda conocer y pueda recibir esa filiación de Dios Padre"*. **Dios quiere que, los que hemos tenido ese don de ser elegidos para tener esa intimidad con Dios Padre, nos constituyamos en misioneros de proclamar ante el mundo que Dios nos**

ofrece ese grado de intimidad por el Bautismo y por la fe. Dios nos ha salvado, no únicamente sanándonos del pecado, sino elevándonos a esa condición de hijos. ¡Feliz pecado que mereció tal Redentor! Obviamente, hijo en el sentido de **hijo por naturaleza, solo lo es Jesucristo; nosotros lo somos por participación**, porque participamos por la gracia de la filiación de Cristo. Somos hijos en el Hijo, hijos en el Hijo.

Y por eso nos maravilla que también nosotros podamos utilizar la misma palabra, el mismo término con el que Jesús se relacionaba con su Padre, *Abbá*. Hoy en día sabemos con mucha exactitud por todos los estudios, que el “Padre nuestro” de Mateo y el “Padre” de Lucas (que Lucas no dice nuestro) traducen –porque están escritos en griego– el término arameo que Marcos recogió que está en la oración de Getsemaní, Marcos dice: *"Abbá, Padre, todo es posible para ti, aparta de mí este cáliz, pero que no se haga mi voluntad sino la tuya"*. Sabemos con mucha precisión que ese “Padre nuestro” de Mateo y ese “Padre” de Lucas es el *Abbá* de Marcos.

El término *Abbá* debió de ser impactante, tan impactante que Pablo también lo recoge y lo dejó en arameo recordándonos ese *Abbá* Padre de Marcos. Gálatas 4:6 dice: *“La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el espíritu de su Hijo que clama Abbá, Padre”*. Y Romanos 8:15 dice: *“Habéis recibido un espíritu de hijos que os hace exclamar Abbá, Padre”*. Les impresionó profundamente esa palabra a los apóstoles y a San Pablo.

El nombre de Padre en sentido figurado, metafórico, no era novedoso porque, de hecho, podemos encontrar que Dios es como un Padre para Israel en ese sentido genérico. Pero es que *Abbá* es utilizado como un vocativo diminutivo tomado del lenguaje de los niños: “papá”. El Talmud judío dice, fijaros en esto: *"Cuando un niño gusta el sabor del trigo –o sea cuando es destetado– aprende a decir Abbá"*. E *Imma* es mamá. *"Cuando un niño es destetado aprende a decir Abba e Imma"*.

Pues bien, al transmitirnos la oración del Padre nuestro, Jesús autoriza a sus discípulos a repetir ese mismo término que Él utilizaba: *Abbá*. De ahí el impacto que les genera.

Y de las consecuencias que tiene esto, voy a hablar de unas cuantas:

- Yo creo que hay una importantísima, lo que supone eso para nosotros, la gran actualidad que tiene esta gran afirmación de cara a **que el hombre redescubra su autoestima**. Estamos sufriendo mucho por las crisis de falta de autoestima, por las crisis de identidad, por no saber quién soy yo, qué pinto en esta vida, *“¿Yo soy algo o yo no soy nada para nadie? ¿Yo quién soy?* No somos capaces de responder a la pregunta

"¿quién soy yo?", y ahora, de repente, la oración del **Padre Nuestro te identifica y te llena de dignidad**. Uno se da cuenta de que soy, ante todo, hijo de Dios Padre. Con un poco de humor alguien decía: "*yo no seré el dueño del mundo, pero bueno, soy el hijo del dueño*", que no está mal. La verdad es que tener esa conciencia, esa autoestima, es ciertamente muy importante. Es difícil tener crisis de autoestima si uno tiene esta convicción profunda, muy difícil.

En realidad, esa expresión **Abbá nos hace entender que nosotros somos hijos del amor, que no estamos aquí por casualidad**, que no somos un fruto de una evolución ciega, que existimos porque hemos sido amados. Yo repito muchas veces, con perdón de Descartes: "*soy amado, luego existo*". Eso es lo que significa Abbá: "soy amado, luego existo".

Y otro recuerdo, este ya es de adolescencia. Cuando hice mis primeros ejercicios espirituales con 15 años, el sacerdote nos dio una estampa que era el Cristo de Velázquez y por detrás nos escribió: "*Dios es mi Padre, ¡qué feliz soy!, soy hijo suyo, soy hijo de Dios*". A ver, nos decía: "*Repíte: Dios es mi Padre, ¡qué feliz soy!, soy hijo suyo, soy hijo de Dios*". Y nos dijo: "*Esto es el ABC de vuestra vida. A ver, chavales, repetid esto y que os quede bien grabado en vuestro corazón, este es tu ADN*", es tu ADN. A partir de ahí pueden pasar muchas cosas, puede llover, caer chuzos, se puede hundir la casa, pero "*Dios es mi Padre, ¡qué feliz soy!, soy hijo suyo, soy hijo de Dios*". Tengo guardado con mucho cariño esa estampa, está muy resquebrajada; pero obviamente creo que poner esa piedra fundante en nuestra vida, a partir de la cual se construya todo lo demás, es determinante para forjar nuestra conciencia de nosotros mismos, nuestra autoestima.

El Catecismo de la Iglesia Católica, en una expresión que me parece maravillosa a este respecto, dice: "**Hemos sido revelados nosotros mismos al mismo tiempo que nos ha sido revelado el Padre**". Tú te has conocido a ti mismo al tiempo que el Padre se daba a conocer. Tú te conoces desde Dios, en Dios te conoces, en Dios te enteras de quién eres. Por eso lo del psicoanálisis no funciona, claro, el psicoanálisis no puede funcionar pues porque solamente nos conocemos desde Dios.

- Otra consecuencia, esta consecuencia primera es muy potente obviamente, es determinante. Pero **otra consecuencia es vivir con una plena conciencia de que estamos llamados a la conversión**; porque si soy hijo, pues lo lógico es que viva como hijo; si soy hijo del Padre, tengo que vivir filialmente; es la consecuencia lógica. En primer lugar, filialmente es deseando conocer más a Dios, queriendo tener más intimidad con Él; porque cuando uno ha descubierto eso, ¿qué es lo que desea?, cada vez conocerle más, cada vez amarle más. **El misterio de Dios es inagotable, y**

deseamos la mayor intimidad con Dios, en el cielo, pero ya aquí en la tierra, mayor intimidad con Dios.

Dice Santa Teresa: “¿Qué hijo hay en el mundo que no procure saber quién es su Padre?” A ver, cuando lo tiene tan bueno y de tal majestad y señorío. Por cierto, el comentario de Santa Teresa de Jesús al Padre nuestro en *Camino de Perfección* es una joya.

Pero claro, lo lógico es que una consecuencia del Padre Nuestro es la llamada continua a la conversión; es una responsabilidad, porque es comprometernos a vivir como hijos. Porque en esa conversación que tuvieron Jesús y Nicodemo: “De veras te digo que si uno no nace de nuevo, no puede ver el Reino de Dios”. Claro, le estaba diciendo a Nicodemo: “Nicodemo, tienes que volver a nacer de nuevo”, llamar a Dios Padre, sentir también la invitación a volver a nacer de nuevo. Por eso **estamos siempre en una llamada a crecer; la filiación no es algo que ya lo tengo y punto**, tú ya eres hijo de Dios y...; no, no, no, hay que crecer en esa filiación, no es algo estático, no; se crece en esa filiación. Dice Tertuliano: “No se nace cristiano, sino que se deviene cristiano amando como el Padre nos ama”. Claro; luego **cuanto más ames, más serás hijo**, en el sentido pleno de la palabra, cuanto más ames.

Entonces dices “¡ajo, es muy importante esto!, tengo que aprender a amar para que así la filiación divina la viva en mayor plenitud”. Claro, uno dirá: “Eso ¿cómo se hace? ¿Hay por ahí algún consejo práctico, a modo de cursillo acelerado, de cómo hacer esto?”. Pues sí que lo hay, hay un consejo práctico a modo de cursillo acelerado para amar de esta manera y tener la filiación divina: **ama a tus enemigos**. Eso sí que es un cursillo acelerado en el que, obviamente, crecemos en ese amor del Padre, que es totalmente un amor de gratuidad. **Es la obra de caridad más perfecta que visibiliza el amor del Padre.**

- Y no quiero dejar en el olvido, aunque sea una mención muy breve de esta oración del Padre Nuestro, de que aquí hay **consecuencias ecuménicas muy importantes, porque es que nos dirigimos a Dios como Padre por la gracia del Bautismo**. Pero es que, recordad que nosotros reconocemos el Bautismo, no solo de quienes se bautizan en la Iglesia Católica, sino que reconocemos también la validez del bautismo de nuestros hermanos ortodoxos, protestantes, de muchísimas comunidades. Claro, si su bautismo también es válido y verdadero, la invocación que hacen a Dios como Padre es plena en el sentido pleno del término, no parcial del término. Entonces aquí hay consecuencia: tenemos que entender la oración del Padre Nuestro como la oración del ecumenismo; **es la oración ecuménica, porque la estamos rezando hijos verdaderos del Padre** que, sin embargo, nos falta esa unión plena.

Un *excursus* os voy a hacer ahora con respecto a la paternidad, que creo que tiene mucha actualidad, y obviamente hay que hacerlo; un *excursus* referido a la crisis de paternidad de nuestro tiempo. Cuando partimos de una experiencia personal deficiente, existe el riesgo de que se oscurezca el término Padre, existe ese riesgo,

Una anécdota que le escuché a una religiosa misionera en Lima que trabaja en las cárceles, en la pastoral penitenciaria. Y contó la anécdota de que el día de la madre se le ocurrió, a los presos ofrecerles una estampa para felicitar a la madre, todos los presos allí le pidieron estampas; se quedó sin existencias enseguida. Era una prisión con miles de presos. Dijo: *"qué bonita la iniciativa"*. Y luego llegó el día de San José, el día del Padre, entonces dijo: *"esta vez no me voy a quedar corta"*, y encargó estampas para felicitar el día del Padre, se hizo con un montonazo, ¡Oye, que se quedó con todas!, porque casi ninguno, de toda la prisión, cogió la estampa para felicitar el día del Padre. Y claro, me decía: *"es que es un retrato perfecto de la crisis que existe de paternidad, un retrato perfecto"*.

Hoy en día hay una gran herida de la paternidad que está en el origen de la mayor parte de las crisis afectivas, de las crisis de identidad sexual; bien sea por ausencia de modelo paterno o por una relación conflictiva que genera rebeldía hacia la figura de la autoridad, por falta de una figura en la que el niño pueda sentirse gozosamente integrado, en la que se haya integrado la autoridad y la ternura. Hay una gran crisis, una gran herida.

Y entonces, ante este riesgo tenemos que comenzar diciendo: *"a ver, ojo con el riesgo de proyectar en Dios nuestras miserias humanas"*. Claro, uno ha vivido una experiencia en la que la miseria humana se ha hecho patente y entonces tiene el riesgo de proyectar eso en Dios: *"Si la relación con mi Padre ha sido esta, o no ha sido ninguna, pues entonces Dios Padre debe ser un ausente o un ogro"*. Pero claro, una de dos, fijaros bien: la paternidad en la tierra es una sacramentalidad de la paternidad de Dios, no al revés. O sea, Dios no es como los padres de la tierra, sino que los padres de la tierra debieran ser como Dios es Padre, no le podemos dar la vuelta. Porque aquí en el fondo nos jugamos lo de siempre: o moldeamos nuestra vida a imagen y semejanza de Dios, o nos construimos un Dios a nuestra imagen y semejanza; y tenemos también el riesgo de construirnos una imagen de Dios desde nuestras heridas, desde tus heridas, proyectando tus heridas en la imagen de Dios. Y por lo tanto, **necesitamos purificar nuestra imagen de Dios de las falsas imágenes que le podemos proyectar desde nuestras miserias. Qué importancia tiene la Revelación, abrirnos a la revelación: "Nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar"**.

Me parece que también la figura de San José es clave y determinante, porque en esa herida de la paternidad, a veces está latente esa dificultad de cómo integrar autoridad y ternura. Voy a decir que me he enamorado ante las visitas que he hecho estos meses en Villajoyosa, allí en el retablo mayor hay una imagen de un San José, preciosa la imagen,

en la que el Niño Jesús, que está en brazos de San José, le da un beso lleno de ternura a su a su Padre, a José; el Niño Jesús besando tiernamente a San José. La vi y me impresionó, la saqué una foto, la envié por redes, intenté sacar todo lo que podía sacar de esa imagen; además es que no lo había visto nunca, que ya es curioso que no aparezca eso en la imaginería recogido con frecuencia: la ternura entre el Niño y el Padre. Que quizás también hay que decir que es un signo de por qué también a veces se pueden generar estas heridas, porque los estereotipos desde los cuales a veces hemos vivido la paternidad y la maternidad también necesitaban ser purificados.

Obviamente, no debemos aceptar la simplificación caricaturizada de los estereotipos de las ideologías feministas que dicen: "*aquí la culpa está en el heteropatriarcado*"; esas cosas que escuchamos, "lo masculino sería sinónimo de dominación y represión, lo femenino sería imagen de acogida empática". A ver, esas imágenes de dialéctica de poder y de empoderamiento, ¡que vaya palabra también que nos estamos tragando!, la del empoderamiento, las tenemos que quitar del horizonte de nuestra vida; eso es una desgracia, es una desgracia.

En realidad, la clave de la Revelación está en la comunión. **El don de la paternidad y el don de la maternidad en realidad solo relucen en la comunión**, no en esa especie de dialéctica de lucha entre sexos. Esto creo que es importante, **la herida de la paternidad tenemos que sanarla descubriendo cómo es la paternidad de Dios**, fijándonos mucho en San José, fijándonos en la comunión de José y María, la comunión. Y muchas veces he dicho que un niño no necesita una súper mamá y un súper papá; no, necesita un papá y una mamá que sean más normalitos pero que se quieran mucho. Aquí no necesitamos supermanes ni superwomen; necesitamos amor y comunión, que es lo que sana las heridas.

En este orden también creo que es importante decir, un poco en el nivel bíblico del tema, que es una trampa caer en las ideologías del lenguaje inclusivo, porque por ahí también pretenden reescribir la Biblia, pero con lenguaje inclusivo; eso, que aparte de ser aburridísimo, porque como le metan "los", "las", "les", pues vas a ver tú; pero por otra parte, es no partir de la Revelación.

Hay una expresión en el libro de Jesús de Nazaret de Joseph Ratzinger que yo creo que lo dice todo: "*Rezamos como Jesús nos enseñó a orar, sobre la base de la Sagrada Escritura, no como a nosotros se nos ocurra o nos guste. Solo así oramos de modo correcto*". Oye, que yo aprendo, que yo acojo la oración desde la revelación y punto; no voy a meter mis ideologías para mejorar la revelación, no. La revelación no se suele mejorar. **Llamar a Dios "Padre" significa mirar a Dios con los ojos de Jesús**; Él es el Padre de Jesucristo. La fe no solo mira a Jesús, sino que mira desde el punto de vista de Jesús, y así también vemos cómo la paternidad de Dios incluye rasgos que nosotros solemos

describir como maternos: "*¿Es que puede una madre no conmoverse por el hijo de sus entrañas? Aunque eso ocurriese, yo nunca me olvidaré de ti*". La paternidad de Dios claro que se muestra también con rasgos maternos, y esos rasgos maternos de la paternidad de Dios son una prueba de que no podemos definir a Dios desde nuestros estereotipos, sino que tenemos que purificarnos nosotros desde la imagen de Dios.

Doy un paso más: "nuestro", porque hemos dicho "*Padre nuestro que estás en el cielo*". Paso al "**Nuestro**", es una llamada obviamente a salir de nuestro individualismo, porque además sois conscientes que, en el "Padre nuestro", después de decir Padre nuestro y después de las tres primeras invocaciones: "*santificado sea tu nombre, hágase tu voluntad, venga a nosotros tu reino*"; las otras cuatro peticiones son en primera persona del plural: "*Danos el pan, perdónanos*", son "nos", en primera persona del plural. **Luego el Padre nuestro es esencial, es fundamental; es una llamada a salir del individualismo.**

Jesús no quiere que oremos privadamente, por mí mismo, no quiere que la oración sea un acto privado; quiere **que la oración sea con todos los hombres y por todos los hombres**. Jesús quiere que cuando oremos se nos ensanche el corazón, que tú vas allí diciéndole: "*Señor, ¿qué hay de lo mío, qué hay de lo mío?*", y entonces Él va y te dice: "*¿cómo que qué hay de lo mío? A ver, ¿dónde están tus hermanos?*". Y entonces tú rezas el Padre nuestro y se te ensancha el corazón, igual se te cae un poco la cara de vergüenza de decir "*¿qué hay de lo mío?*"; se te ensancha el corazón. **Rezar el Padre nuestro es ensanchar el corazón.**

Hay una cita de San Juan Crisóstomo, buenísima, que dice: "*Jesús dijo Padre nuestro, y con este solo golpe —dice así, de un plumazo— con este solo golpe mata el Señor el odio, reprime la soberbia, destierra la envidia, trae la caridad madre de todos los bienes, elimina la desigualdad de la humanidad. Nadie lleva ventaja en nada, ni el rico al pobre, ni el señor al esclavo, ni el que manda al que obedece, ni el emperador al soldado, ni el sabio al ignorante*". ¡Buenísimo! San Juan Crisóstomo, dice así: "Padre nuestro" y aquí, de un golpe, de repente, todos los líos que teníamos los hemos dejado en su sitio. Es una cita maravillosa de San Juan Crisóstomo.

Por eso tiene tanta importancia el "Padre nuestro". Y San Benito, en su regla tiene un capítulo en que habla sobre los niveles de humildad y de soberbia, y llama la atención sobre la tentación del monje que siempre tiene que ir de especial, porque está el novicio que siempre: "*No, para mí la regla común no me sirve, yo es que debo tener todo especial: un permiso especial, hora de levantarme especial, de bajar especial, de comer todo distinto...*"; es el especial. Y dice San Benito: "*Ojo con él, ¡jala, venga!, tú como todos los demás, Padre nuestro*". Entonces, la verdad, es que es verdaderamente sanador de muchísimas cosas.

“Padre nuestro que estás en el cielo”. Concluimos con esta expresión: **"que estás en el cielo"**, que obviamente no tenemos que imaginarlo en categorías espacio-temporales. **Dios lo abarca todo, lo contiene todo, en Él vivimos, nos movemos, existimos.** La expresión no pretende encerrar a Dios en el cielo, sino arrancar de la tierra a los que oran; que es distinto. Además, **en Jesucristo el cielo y la tierra se han reconciliado; Jesús es el cielo y la tierra, y es la tierra en el cielo.** Es que la cosa no van por ahí, en el sentido espacio-temporal. Decir “Padre nuestro que estás en el cielo” es como una llamada a salir de nosotros mismos para buscar a Dios, como cuando le dijo a Abraham: *"Sal de tu tierra, de tu parentela, de tu hogar, y vete donde yo te muestre"*. Padre nuestro que estás en el cielo, sal de ti mismo para orar.

Por otra parte, **“cielo”, son los hombres que viviendo en gracia, son templo de Dios.** A ver, en el cielo habita Dios ¿y no habita Dios en nosotros, viviendo en gracia de Dios? **El cielo es vivir en gracia.** Decía el cardenal Newman, que *“El cielo es la gracia en casa, y la gracia es el cielo en el exilio”*. En este sentido la oración del **Padre Nuestro nos permite vivir la presencia de Dios ya aquí, en su inhabitación.** Santa Teresa con mucho gracejo dice: *"Ni a menester alas para ir a buscarle, sino ponerse en soledad y mirarle dentro de sí"*. Que no te hace falta alas –dice–, sino cuando digo ‘en el cielo’ mira que Dios inhabita en ti, mira que el cielo está en ti.

Al mismo tiempo, el Catecismo nos dice que esta invocación también nos recuerda que estamos en tránsito. “Padre nuestro que estás en el cielo”: el cielo ya está aquí, pero todavía no plenamente, es lo de ya pero todavía no. Es decir, Dios está en nuestra intimidad, pero todavía no plenamente. Cuando recemos el Padre nuestro en el cielo, entre comillas en ese estado de la visión beatífica, tendrá un sentido especial, el sentido de plenitud especial. Por eso tiene este sentido tan, digamos, de recorrido, de camino. **Él está en el cielo, Dios está aquí y al mismo tiempo en esa inhabitación que tiene dentro de ti, te prepara para la emisión beatífica,** como hoy mismo hemos comentado en la homilía.

Por eso, queridos todos, esta es la más sublime de las oraciones de todos los tiempos, es el primer balbuceo del orante cristiano, es la oración de toda la comunidad, es la fe hecha plegaria.

Por ello, yo creo que la mejor manera de concluir esta reflexión es poniéndonos de pie y rezándola. Vamos a hacerlo:

***Padre nuestro que estás en el cielo,
santificado sea tu Nombre;***

venga a nosotros tu reino;
hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.
Danos hoy nuestro pan de cada día;
perdona nuestras ofensas como también
nosotros perdonamos a los que nos ofenden;
no nos dejes caer en la tentación,
y líbranos del mal.